

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 23 de Noviembre de 1863.

Núm. 44.

SUMARIO.

Revista general de la semana por X...—La fotografía, por P. de Alcántara García.—Larriagaburu, por Antonio de Trucha.—Castillos en el aire, por Nataniel Harvthorne.—A Elvira, por Teodoro Llorente.—Alberoni, por M. Juderías Bender.—Revista de teatros, por M. Montes.

REVISTA GENERAL DE LA SEMANA.

Por el steamer *City-of-New-York* llegado á Liverpool se han recibido algunas correspondencias de New-York, fecha 31 de octubre.

Hé aquí el resumen:

A la salida del paquebot, no se trataba todavía de realizar operaciones de ningún género en las orillas del Rappahannock y del Rapidan. Según algunos noticieros de Washington, el fin que se proponía el general Lee, era cubrir el envío de refuerzos á Braxton-Bragg. Parecía, en efecto, cosa segura, que dos divisiones del ejército de Lee, se habían dirigido hácia el Tennessee oriental para caer sobre Chattanooga y atacar á Burnside que amenazaba aun el camino de hierro de Tennessee y de la Virginia. Suponíase que estos refuerzos permitirían á Bragg el tomar la ofensiva contra las tropas de Grant siliadas en Chattanooga. Lee, que había visto un tanto debilitadas sus fuerzas, se había replegado sobre las posiciones fortificadas de Fredericksburg, cuidando á la vez de destruir á sus espaldas todas las líneas de camino de hierro, con objeto de impedir á los federales que lo persiguiesen.

Segun las últimas noticias, el general Meade no parecía muy dispuesto á aprovecharse del movimiento de retirada de su contrario, porque el grueso del ejército del Potomac se encontraba todavía en los alrededores de Greenwich y de Wazrenton á algunas millas solo de Alejandria. En suma, despues de haber perdido 200.000 hombres, segun se dice en Virginia, los unionistas no habían adelantado gran cosa desde que comenzó esta malhadada guerra.

El general Meade tuvo el 27 de octubre una nueva entrevista con el presidente Lincoln y el general Halleck. Dícese que la cuestion de su dimision había sido puesta sobre el tapete, mas los periódicos republicanos de New-York, el *Times* y el *Post*, han afirmado que no se trató en esta conferencia de otra cosa que de la próxima campaña en Virginia. Los mas seguros planes habían sido combinados, y la derrota, sinó la completa destruccion del ejército de Lee, seria, como siempre, el resultado inevitable.

La *Gaceta* de Cincinnati, periódico abolicionista, había anunciado bajo la fé de un despacho particular de Nashville, que los confederados, flanqueados por las fuerzas del general Thomas, se habían visto en la necesidad de abandonar las montañas de Lookant á la vista de Chattanooga y que las comunicaciones entre esta última ciudad y Bridgeport habían vuelto á restablecerse.

Segun un despacho de Charleston, fecha 27 de octubre, publicado por el *Dispatch de Richmond*, el general Gillmore había comenzado, el 26, de acuerdo con el almirante Dahlgren, el bombardeo de las defensas de Charleston. El 31 no se conocía aun en New-York el resultado de esta nueva tentativa.

El *Boletin* de Memphis asegura, que la expedicion mandada por el general unionista Mac-Pherson, regresaría á Wicksburg tan luego como hubiese obligado á desbandarse á las tropas separatistas acampadas cerca de la ribera de Big-Black. Los federales habían tenido un encuentro con un cuerpo muy numeroso de confederados á las órdenes de los generales Loring y Wirt Adams.

Escriben de Leavenworth (Kansas) que el general Cooper, reforzado con las tropas de Sterling Price y de Quantrel, amenazaba de nuevo los fuertes Blunt y Smith (Arkansas) á la cabeza de 12.000 hombres y 18 piezas de artilleria; pero que el general Blunt se había puesto en camino con 15.000 federales para presentarle la batalla.

Muchas prisiones por causas politicas han tenido lugar últimamente en Nueva-York. Trátase de municiones de guerra facilitadas fraudulentamente al gobierno de Richmond por negociantes de aquella ciudad. Las autoridades federales, se han apoderado, segun se dice, de varios documentos que comprometen en estremo á ciertas personas complicadas en el asunto.

Los acusados se encuentran prisioneros en el fuerte Lafayette.

X...

LA FOTOGRAFIA.

Hé aquí una cosa que se ha hecho sumamente indispensable. Así como el espejo sirve para que nos miremos, la fotografía se ha inventado para que nos miremos.

Está uno encerrado en su aposento sin que nadie le vea, y sin embargo, pueden estarlo mirando, tal cual es, muchas personas.

Por la electricidad se pueden hablar dos personas, aunque

entre ambas medien ciento ó doscientas leguas de distancia.

Por medio de la fotografía se pueden ver, aunque los separe, igual espacio.

Reuniendo ambas cosas, queda sustituido admirablemente el individuo.

¡Portentosos adelantos de las ciencias!

Dentro de una cartera podemos llevar toda nuestra familia por numerosa que sea; multitud de amigos, y una colección bien completa de personajes célebres del mundo.

Si esto se lo hubieran dicho á nuestros visabuelos, se reirían de seguro. Hoy hasta los niños lo creen muy natural.

Por la fotografía ha venido á llenarse un vacío del corazón. Las madres bendecirán al que inventó este arte.

Cuando se separan de sus hijos, lo primero que cuidan es de que se retraten.

Por medio del retrato, los ven de continuo, les hablan, los besan... ¡se los llevan al corazón!

¡Cuántos retratos habrán sido regados con las lágrimas de las madres!

Si los retratos tuviesen vida, habría muchos abogados en lágrimas!

Hay mujeres que no satisfechas con llevar á todas partes los retratos de sus hijos, los colocan á la cabecera de su lecho.

Cuando despiertan, lo primero que hacen es mirar el retrato, porque su vista es para ellas como la del cielo.

Los hijos por el contrario, se olvidan algunas veces de sus madres.

En cambio tienen otro retrato que nunca abandonan.

Lo miran á cada momento, lo guardan entre sus libros, y lo llevan á clase, si es que estudian.

Por la noche es cuando pasan mas tiempo contemplándolo.

Entonces le hablan, le cuentan sus caricias, y á veces, piensan que el retrato les responde, y sienten palpitar un corazón que se encuentra lejos.

Esta es la ilusión del amor que nos lleva hasta el delirio.

El retrato de que hablo es el de una mujer, que sin ser la madre, posee todo nuestro corazón.

Ella tiene también otro retrato.

Este retrato es del hombre á quien ama.

Cuando no tiene delante á este hombre, se contenta con mirar su copia.

A ella le cuenta todo lo que le pasa, todo lo que piensa.

Si los retratos pudiesen hablar, nos dirían cosas sublimes, que solo los enamorados saben decir.

Cuando el ausente tarda en escribir, la mujer vá al cajón de la cómoda, saca el retrato, lo mira con disgusto, le hace mil reconvenções, le demuestra sus enojos y concluye por guardarlo con la mayor indiferencia y con intenciones de no volverlo á ver mas.

Pero á los dos segundos lo tiene otra vez en sus manos.

Entonces le suplica que la ame, le dice que ella nunca le olvida, le cuenta lo mucho que sufre con su ausencia, y al fin concluye por conciliarse con él.

Hecho esto, ya no guarda el retrato en la cómoda, sino que lo esconde en el pecho.

Pero muchas veces ocurre que los amantes se olvidan mutuamente.

En este caso, los retratos si no mueren hechos pedazos, son relegados al olvido y enterrados en el fondo del mas oculto cajón.

Hé aquí en qué se diferencia este amor del de las madres.

Las madres nunca olvidan.

Su amor no tiene ni eclipse ni ocaso.

Si su hijo las abandona, si les dá algun disgusto, lo único que ellas hacen al ver su fotografía, es exclamar ¡hijo ingrato! pero al mismo tiempo la cubren de besos y de lágrimas!

Bendigamos á las madres, porque su amor es el mas puro y constante de la tierra.

Pero mirándolo despacio, la fotografía no ha llegado aun al sumo grado de perfección.

Mientras no logre copiar nuestras acciones, nuestros pensamientos, en una palabra, nuestro sér interno, no ha adelantado gran cosa.

Es verdad que esto sería origen de muchos desengaños. Por esto sin duda, ha hecho la Providencia imposible este adelanto.

¿Qué sería de nosotros, si tal llegase á suceder?

Perdóneme mis lectores; pero esto que yo temo que suceda, ha sucedido ya para muchos.

Para los que sostienen muy seriamente que la cara es el espejo del alma, el problema está resuelto.

Basta para ellos con sacar la fotografía del rostro, para obtener la del alma.

Yo niego la consecuencia.

Esto sería lo mismo que querer apreciar el aroma de las flores, por los colores de que estas se revisten.

Y todos ustedes saben que hay flores que á pesar de estar primorosamente pintadas, despiden olores desagradables.

Otro tanto sucede con nosotros.

Detrás de un rostro bello, puede ocultarse un alma fea.

Decir que la cara es el espejo del alma, es hacer una ofensa á gran parte del género humano.

Segun esta teoría no habría un feo que fuese bueno.

Este es el mayor de los absurdos. Es una idea que, como ha dicho un distinguido escritor, solo le ha podido ocurrir á las mujeres hermosas.

Personas hay que por su rostro parecen ángeles, y por sus acciones son todo lo contrario.

Un niño recién nacido puede ser muy feo. Y sin embargo, ¿quién se atreverá á decirme que su alma no es tan pura é inocente como la del mas precioso?

Por mas que los mantenadores de tan peregrina teoría sostengan lo contrario, el problema está por resolver.

Aquí tienen ustedes mi pluma que en este momento se rebela contra mí. ¿Qué querrá?

Ya lo entiendo. Se rebela porque ha hecho omisión de ella, y por eso me dice á grandes voces, que sabe retratar ó «fotografiar» que es lo mismo, con la sola diferencia que son palabras de distintos idiomas, y que la última está mas de moda entre nosotros, por lo mismo que es hija adoptiva. Pero esto no es del caso.

Lo que importa es ver si la pluma retrata, y si su arte ha llegado á la perfección que deseamos.

Que tiene pretensiones en este sentido, no hay duda.

Una de las ocupaciones que mas le entretienen y deleitan, es la de hacer retratos.

Generalmente le gustan mas los feos que los honitos, los de los enemigos que los de los amigos.

A lo menos, si no le gustan mas, á ellos se dedica con mayor frecuencia.

No sabemos si será por afición, ó porque ellos sean los que salgan mas conformes á las reglas del arte.

Si dijésemos que esta predilección es hija de que por regla general nos gusta ver las faltas de nuestros semejantes, olvidándonos de sus buenas cualidades, quizás acertaríamos.

Cuando queremos que admiren á una mujer que por cualquier cosa distinguimos, rodeamos su retrato de otros mas feos.

—Nunca nos agrada ver el nuestro entre otros mas hermosos, porque entonces nos parecemos horribles.

Pues lo mismo sucede con todo.

Cuando la pluma se dedica á retratar á alguna de las clases de la sociedad, ó como se dice ahora, á hacer *fotografías sociales*, anda mas acertada: los colores que usa son mas propios.

No sucede así cuando su objeto es fotografiar (palabra que las mas de las veces pudiera sustituirse por desfigurar) á algún individuo, pues en este caso nunca anda con tino.

Y es que la tinta en que se moja, tiene siempre el color ó muy subido ó muy bajo: lo cierto es que nunca está buena.

Si el retrato que intenta hacer, tiene por objeto darnos á conocer los defectos de alguno, la tinta está sumamente negra: es sombría como un abismo.

Por el contrario, si son buenas las cualidades que nos vá á presentar, la tinta es demasiado clara: tan clara, que apenas se distinguen los contornos del retrato.

La pluma, pues, no sirve para esta clase de fotografías.

Sin embargo, cada hombre tiene una fotografía de su alma.

La lleva á todas partes y á nadie se la enseña.

En ella se retratan todas sus acciones, y todos sus pensamientos.

Así como en el mar se reflejan las estrellas del cielo, en estas fotografías se copian las aspiraciones del alma.

¿Saben ustedes cuál es esa fotografía? Interrogaos á vosotros mismos, y hallareis que es la conciencia.

¡La conciencia! Hé aquí la fotografía que yo busco.

Pero mi razon no está satisfecha. Me dice que como el hombre lleva siempre la conciencia oculta, y además posea admirablemente el arte de disimular, esta fotografía es solo para él, y por lo mismo no produce los efectos que las otras.

Luego nada se ha resuelto; quedamos como al principio.

Esto no puede ser.

Necesito dar una satisfacción á mis lectores.

Es preciso que yo busque una fotografía capaz de dar á conocer hasta nuestros mas ínfimos pensamientos.

Perdonadme; pero mas vale que no la busque, porque si lleigo á encontrarla, no sé que será de nosotros.

Todos nos vamos á ver horribles, no encontraremos uno que nos guate.

El día que este adelanto lleige á realizarse, de seguro no habrá nadie que se retrate.

P. DE ALCANTARA GARCIA.

Creemos será leído con gusto el siguiente artículo del señor Don Antonio de Trueba, que, como todos los de este distinguido literato, reúne al interés del asunto la belleza de las formas:

LARRIAGABURU.

I.

Verdes colinas y praderas del valle de Ibaizabal, viendo que carecáis de lengua para obsequiar á las gentes de espíritu levantado con la narración de los recuerdos romancescos que guardais en vuestras misteriosas umbrías ó bajo vuestras alfombras de flores, héme constituido en vuestro diligente intérprete, y apenas hay una de vosotras, cuyos recuerdos no pueda yo narrar al viajero.

Así que este penetra en el valle de Ibaizabal, fija la vis-

ta en ese montículo que domina á Bilbao, alzándose á su oriente en la margen derecha del río, casi paralelo con el de Miravilla, que se alza en la margen izquierda.

—¿Cómo se llama esa colina? pregunta el viajero.

—Se llama el Morro, le contestan.

—¿Qué recuerdos históricos encierra?

—Ninguno mas que el de haberse establecido una batería en su cumbre durante el último asedio de la villa.

Y el viajero piensa ó exclama:

—Pobre colina del Morro! ¡Entre tus compañeras, ricas de recuerdos y dones de la naturaleza, eres la desheredada y enferma y triste; que hasta tu nombre es vulgar! Begoña, Miravilla, Franco, todas tus compañeras encierran recuerdos históricos y tradiciones populares, árboles les dan sombras, flores les dan perfumes y matices, blancas caserías llevan á ellas la vida y el amor de los hogares, un templo santifica á esta, una misteriosa gruta rodea de poéticos misterios á la otra. ¡Pobre colina del Morro, que ni aun tienes el consuelo de ocultar tu miseria, pues constantemente la ostentas á los ojos del viajero y del morador de la opulenta villa!

No tienes forma determinada como el cónico Sarantes que ves á lo lejos; tu color amarillento y triste, no verde y risueño como el que ostenta Miravilla á tu lado; ningún morador del valle se ha atrevido á construir su hogar en tu cumbre, solo crece en tí la áspera argoma, y el único don que á la naturaleza debes, es el fierro que en tus entrañas encierras, y que solo te sirve para que la codicia te despedaces. ¡Pobre colina que no tienes un rey de armas que ennoblezca interrogando á las empolvadas crónicas y á las nebulosas tradiciones del pueblo para formarte una ejecutoria! ¡Pobre colina del Morro! busca un rey de armas que haga este milagro, que milagros mas grandes aun hacen los de su oficio.

Y el autor de este libro que oía estos lamentos del compasivo viajero, y simpatiza con todo lo triste y desventurado, y sabe que la pobre colina del Morro si tiene fierro para defender á la patria no tiene oro para comprar una ejecutoria en que un rey de armas pruebe que una ramificación del monte Araratien que paró el arca del Santo Patriarca Noé, registró los archivos de la villa invicta, resolvió los del noble señorío, interrogó á los ancianos de Orcharcoba, y Bolueta y Achuri, y, merced á esta diligencia, de hoy mas la desolada colina del Morro no tendrá que avergonzarse cuando fije en ella la vista el viajero del valle del Ibaizabal.

II.

El primer título que tiene la colina del Morro al amor del viajero, es el magnífico espectáculo que ofrece el valle del Ibaizabal, contemplado desde la cúspide de aquella colina.

Viajeros que dejais las áridas llanuras de Castilla para admirar nuestras verdes montañas, y para descansar en nuestros pacíficos y hospitalarios hogares, cuando llegueis al valle de Ibaizabal subid á la santa colina de Begoña si

sois cristianos, trepad al monte Bériz si sois jóvenes, pero si sois amantes de lo bello, subid á la cumbre de la colina del Morro, que al valle del Ibaizabal, una vez contemplado desde allí, jamás se apartará de vuestra memoria.

Trepad por ese pobre hárrío de Achuri que lleva el prosaico nombre de las Ollerías, y ofrece un aspecto mas prosaico aun que su nombre, seguid hasta cerca del grandioso asilo que al pié de la colina del Morro, ha consagrado el noble Señorío al desamparo y el arrepentimiento; al llegar al humilde cementerio de las pobres Recogidas, tomad una entrada que por la derecha conduce á la humilde casería de Iruzolueta, primer escalon de la colina á cuya cima os dirigia, y por cuyo centro los venaqueros han abierto un vallecito que hace bicéfala á la colina; continuad por este valle arriba, y cuando os acerqueis á su término y os halléis entre las dos cabezas del cerro, trepad á la del Sur que es la mas alta, tomando una senda que por bajo de unos sauces sube dando rodeos á la eminencia: cuando estéis en esta eminencia, que es una planicie algo espaciosa, dirigid la vista al valle, y dos bendiciones se exhalarán de vuestros labios: una á Dios que hizo tan hermoso el valle de Ibaizabal, y la otra, al autor de este libro que os aconsejó subiérais á aquella colina.

Cuando buscábamos recuerdos históricos con que formar la ejecutoria de nobleza de la colina del Morro, supimos que en otros tiempos la república de Begoña, á cuya jurisdicción pertenece aquella colina, tenia una picota donde se ajusticiaba á los criminales del contorno, y donde espú su espantoso sacrilegio aquel desventurado, que una noche usó alzar su mano á la corona de la Virgen, para robarla. Este descubrimiento fué para nosotros un rayo de luz, á beneficio del cual penetramos en las tinieblas del pasado, y vimos dónde se alzaba la picota begoñesa.

La triste colina que hoy lleva el nombre del Morro, llevó en la antigüedad el nombre de Lariaguru, que equivale á monte de las Angustias, porque *buru* que en sentido propio quiere decir cabeza, en sentido figurado, elevacion ó montículo, y *aga* es indicacion de lugar, y *larri* equivale á angustia ó dolor.

En la cumbre de Lariagaburu, ó monte de las Angustias, era donde estaba la picota de la república de Begoña, y la via dolorosa partía de la casería de Iruzolueta, y era ni mas ni menos la senda que hemos señalado al viajero para subir á la planicie donde el verdugo terminaba con la segura las angustias del condenado á muerte.

Un anciano de Franco ha venido con sus recuerdos á confirmar nuestras noticias, diciéndonos:

—Mi padre, que está en gloria, contaba que siendo muchacho y abriendo con otros una nevera en la cumbre del Morro, descubrieron una piedra con una argolla, y que con tal motivo los viejos de la anteiglesia habian dicho que allí se ejecutaban en lo antiguo las sentencias de muerte para que toda la república las pudiera presenciar.

Nuevos datos y nuevas tradiciones populares quitan toda duda á estas opiniones. Una noche estábamos junto á la casería de Iruzolueta, y entramos en deseos de subir á la cumbre de la colina para contemplar desde allí el valle del Ibaizabal á la luz de la luna, que en aquel instante brillaba

espléndidamente. Temerosos de estraviarnos y caer en alguna sima de las muchas que han abierto los venaqueros, rogamos á un niño del barrio de Santochu que nos acompañara, y el niño se prestó pañase á ello, aunque con alguna repugnancia.

Cuando llegábamos á la cumbre el niño parecia sobresaltado y temeroso.

—¿Temes caer en alguna cueva? le preguntamos.

—Cá, no señor; yo bien sé donde están las cuevas.

—Pues entonces ¿qué es lo que temes?

—El brazo del cantero.

—¿Qué brazo es ese?

—El del cantero que robó las alhajas de la Virgen de Begoña.

Entonces recordamos una maravillosa historia, narrada en este libro, y creímos con razon que el niño aludía á aquel brazo asido por la santa imágen, y que diez y seis años despues de cometido el sacrilegio y ajusticiado el sacrilego se habia hallado incorrupto.

—¿Y qué es lo que hace el brazo del cantero?

—Toma, dice la abuela que sale de estas cuevas y agarra á los que han robado algo.

—¿Pero tú no has robado nada?

—Manzanas he robado alguna vez.

En lugar de tranquilizar al niño desmintiendo á su abuela, le aconsejamos que ni aun manzanas robase. Cuando las creencias populares tienen el santo fin de mantener la fé y la probidad, como comunmente suelen tenerle las de nuestras nobles montañas, es una indignidad destruirlas.

—Bien está, dijimos, que estos honrados hijos del trabajo, que viven á la sombra del milagroso santuario de Begoña, tengan en el monte de las Angustias una voz que como la del Señor al primer hombre, grite al que toque el árbol vedado: *Adam ¿que has hecho de mis preceptos?*

III.

Viajero que recorres el misterioso paseo de los Caños asombrado de la frondosidad de los árboles que allí crecen, del abismo que á tus piés se abre para dar paso al Ibaizabal que en él ruge, y de las oscuras rocas y las altas y verdes montañas que dominan ese profundo valle, alza la vista hácia el monte de las Angustias, cuya desnuda mole empieza donde termina el bosque de hayas que cubre la ladera por donde caminas. A mitad del camino que sube de Achuri á Miraflores, en la falda meridional del Morro, cobijada por las negras rocas del monte, y sombreada por los gigantes hayas del bosque, verás una pobre casa de construcción moderna. La tradicion cuenta que esa casa se construyó sobre las ruinas de otra que inspiraba profundo terror al vulgo, porque era la casa del verdugo.

Cuando la república de Begoña alzó un cadalso en la cumbre de Lariagaburu, el verdugo fijó su morada al pié de la triste montaña, no en la banda meridional, que no se descubre desde la república de Begoña, sino en la septentrional, que se descubre desde toda su jurisdicción. Su morada eran tres agujeros, abiertos en la férrea roca, que parecian tres ojos abiertos siempre para contemplar con sanguinaria avidez á los begoñeses.

Contábase que un resplandor de color de sangre brillaba

ba de noche en aquellos agujeros, y el terror se apoderaba de las débiles mujeres y los niños cuantas veces unas y otros dirigían su vista á Irizulueta, que este hombre, equivalente al de tres agujeros, se daba á la morada del verdugo.

La república celebró cruz-parada, y después de hacerse constar en ella que muchas mujeres habían malparido de miedo, y muchos niños se habían encanijado de lo mismo, se acordó que el verdugo estableciese su vivienda al otro lado de Larriagaburu, donde solo la vienes[er]os que tuviesen el mal gusto de ir á verla. Y así lo hizo el verdugo, que construyó su casa en la que hoy llamamos *Cuesta de Miraflores*.

Allí vivieron no sabemos cuántas generaciones de verdugos, y esta circunstancia, unida al pavor que aun inspira allí la tremenda majestad del valle, fué causa de que el vulgo poblara de fantasmas el estribo meridional del monte de las Angustias, y la tradición añade que en la casa del verdugo en compañía de este y de su maldecida prole, vivía el diablo cuando le desalojó de allí y le hizo hundirse en el infierno por la cueva de Porgiron á la presencia de San Francisco de Borja, y la casa del verdugo se hundió al huir el diablo de ella dando espantosos bramidos, y sobre el monton de ruinas saturadas de azufre se construyó la casa que hoy existe, muchos años después cuando se abrió la carretera que ha quitado á aquel sitio el siniestro misterio que le rodeaba.

Esta es la ejecutoria que hemos logrado hacer á la desolada colina del Morro. ¡Pobre colina que con tan triste ejecutoria te tienes que contentar!

ANTONIO DE TRUEBA.

CASTILLOS EN EL AIRE.

POR NATHANIEL HAWTHORNE.

I.

(Continuacion.)

Comenzaba el deshielo; y aunque el aire que corría mas bien era tibio ó caliente que no frío, Perico tiritó como si le hubiesen echado á la cara un jarro de agua. Una gruesa capa de nieve cubría todos los tejados; pero se iba derripiendo rápidamente en millones de gotitas que brillaban como diamantes con el sol, y producían tanto ruido al caer como un aguacero, mientras en la calle, apisonada con el tránsito de las gentes, se mantenía tan dura como una losa de mármol. Cuando Perico se asomó á la ventana, vió que los habitantes de Boston aprovechaban aquel hermoso día para adescuartarse de las dos ó tres semanas de frío intenso que habían sufrido. No pudo menos de suspirar de cierto modo al ver una porción de señoras, muy frescas, de muy buen color de rosa, envueltas y aferradas en capas y esclavinas de pieles, que iban caminando con gran cuidado para no resbalarse. Las campanillas de los trineos se oían por todas partes; ya era un trineo de Vermont cargado de cadáveres de cerdos; carneros y ciervos helados; ya el de un recobero provisto de pollos, gallinas, gansos y pavos; ya el de un campesino que venia con su mujer á la ciudad para hacer sus compras, dar el paseo y de camino vender manteca y huevos; ya el de un matrimonio abuelo, tan viejo y antiguo como sus amos; ya, por el contrario, un trineo elegante, conduciendo una pareja elegantísima; ya uno de las mensajerías, con las cortinas levantadas para dejar libre paso al sol, y abriéndose camino rápidamente por entre la multitud de vehiculos que atestaba la calle; ya un trineo inmenso, imagen del arca de Noé, con asientos para cincuenta personas, y arrastrado por una docena de caballos, que iba lleno de muchachas y muchachos, de viejos y chiquillos, todos alegres, riéndose y cantando que daba gusto verlos

y á quienes el público aplaudía, mientras una caterva de pilluelos les lanzaba bolas de nieve.

En su vida vió Perico escena mas animada que esta: el sol radiante, las gotas de agua como perlas, la nieve deslumbradora, y los trineos que iban y venían, haciendo con sus campanillas un ruido tan alegre que el corazón brincaba de gozo á medida de sus acordes. Solo una cosa habia desagradable: la viejísima casa de Perico, á la cual, por otra parte no le faltaban razones de estar triste á causa de la consunción que la devoraba. Y la cara espiritada de Perico, medio asomada á la ventana era digna de la casa.

—¡Perico! ¿Qué tal va eso, Perico? gritó un individuo al otro lado de la calle y en ocasión que Perico ya se iba á retirar de la ventana. Aquí, Perico.

Miró Perico, en efecto, y vió á su ex-socio M. Brown, plantado en la acera de enfrente, y tan guapete como siempre. Las voces de M. Brown hicieron que todos los que pasaban en aquel momento por su lado fijasen la vista en la ventana de Perico.

—¡Perico! gritó de nuevo M. Brown, ¿qué diablos haces ahí dentro, que siempre oigo tanto ruido? ¿Estás componiendo la casa, eh?

—Tal vez sea tarde para eso, replicó Perico; pero si la obra se hace, será radical, desde los cimientos hasta el tejado.

—Y no sería mejor que lo dejases á mi cuidado? dijo M. Brown de una manera muy significativa.

—Veremos, respondió Perico cerrando precipitadamente la ventana, pues desde que habia empezado á buscar el tesoro no podia sufrir que la gente lo mirase.

Al retirarse Perico, avergonzado de la pobreza aparente en que vivía, pero, sin embargo, lleno de orgullo por las escondidas riquezas que le esperaban, iluminó su rostro una sonrisa de satisfacción, produciendo el mismo efecto que los pálidos rayos del sol en la sucia vivienda donde pasaban estos acontecimientos. Mas aun: quiso pavonearse como Perico I cuando se daba cuenta de la casa que habia construido para qué se yo cuántas generaciones; pero la habitación le pareció sombría y triste, comparada con la claridad y animación de la calle, para tal exceso. La ofeada que dió Perico á la calle le hizo comprender que las gentes vivían contentas y felices merced á los encantos de la sociedad, mientras él, aislado en su retiro, perseguía un objeto quimérico probablemente, y valiéndose de medios que cualquiera habria calificado de locuras. Porque una de las mas grandes ventajas que proporciona el trato de gentes, es la de que cada individuo rectifica sus ideas con las de los demas, y amolda su conducta á la del vecino evitando así caer en el ridículo que se llama *escentricidad*. Pues como iba diciendo, Perico, en el solo hecho de haber asomado la cabeza á la ventana, se habia espuesto á esa influencia; tan cierto es esto, que hubo un momento en que rápida como una chispa eléctrica, pasó por su mente la duda de si habria ó no tesoro escondido; y en ese caso, ¿era prudente, era razonable echar abajo la casa para convencerse?

Por supuesto, la duda duró lo que un relámpago, porque Perico, el destructor, el vándalo, puso de nuevo manos al trabajo y prosiguió la tarea que le tenia señalada el destino sin vacilar un punto. En el curso de sus investigaciones encontró Perico muchas cosas de esas que se hallan generalmente en las ruinas de todas las casas viejas, y tambien otras que no es frecuente descubrir. Lo que le pareció mas interesante fué una llave mohosa que estaba metida en la pared, y de la cual pendía una tablita de cosa de dos pulgadas, con las iniciales P. G. Otro descubrimiento, tambien muy notable, fué una botella de vino que habian sepultado en el horno antiguo de la cocina: por tradiciones de familia se sabia entre los Goldtwile que el abuelo de Perico, hombre de buen humor, y oficial en la guerra contra los franceses emparedó algunas docenas de botellas del precioso licor para que se regalasen con él bebedores que aun no existían; y aunque Perico no necesitaba de este corbal para sostener sus esperanzas, lo guardó para el día del triunfo. Encontró tambien algunas monedas de plata, como peniques y medios peniques, dos ó tres duros españoles y una medalla de los que se tiraron con motivo de la coronación de Jorge III; pero en cuanto al tesoro de Perico I, ni rastro de él.

(Continuación.)

MARIANO JUDERIAS,

A ELVIRA.

(Traducción de Lamartine.)

Ann el Anio murmura
De Cintia el dulce nombre á los de Tilbur
Verdes oteros; el amor de Laura
Cuenta en Valclusa suspirando el aura,
Y Ferrara dirá á la edad futura
La belleza inmortal de Eleonora:
¡Feliz beldad la que el poeta adora!
¡Dichoso el nombre que inspirado cantal

¡Oh, tú, que de su amor la ofrenda santa
En secreto recibes;
Vano será, si contra tí levanta
La muerte su segur: eterna vives!
De la pasión consagra la memoria
La poesía, y en osado vuelo,
La amada y el amante eleva al cielo
Dó está asentado el templo de la gloria.

Si la que frágil á merced resbala
Del viento burlador, mi pobre nave,
Fijando el rumbo incierto.
A impulso de otro soplo mas suave,
Doblar pudiera el ala,
Cual ave perseguida, en feliz puerto;
Si brillase en mi suelo un sol mas puro;
Si lloros de una bella los enojos;
Pudieran aplacar de airada suerte,
De mis cansados ojos
Las sombras apartando de la muerte,
Audaz acaso.... Mi ambicion perdona;
¿Qué no ambiciona quien de amor delira?
Acaso audaz robando tu corona,
¡Oh númen de la lira!
Emulase á mi amor mi loco intento,
Y á la mujer que mi pasión inspira
Alzará un monumento!
Tal, cuando al pié del árbol del camino
Detiénese un momento
Cansado el peregrino,
Del tronco amigo que su frente escuda
Su cifra graba en la corteza rada.

¿No ves la tierra, de alegría y luto
Siempre vestida? Desnudar la verde
Pompa mira á las selvas, y que el fruto
El fértil campo marchitado pierde.
Aneha tumba en la mar encuentra el río,
La verdura del prado
Del ciervo amarillea el soplo frío,
Y en su rodar eterno
Ya el carro del otoño va imputado
Por la aterida mano del invierno.

Cual genio destructor que el brazo fuerte
Armó implacoso de mortal cuchilla,
El tiempo, con el hierro de la muerte,
Todo á sus piés lo humilla;
Así la mies dorada caer vióse
Al golpe de los rudos segadores;

Así á la víd lozana
Arranca del octubre la aspereza,
Pámpanos y racimos,
De la efímera vida dulces flores,
Así perecereis: fugaz belleza,
Rosa de una mañana,
Radiante juventud, tiernos amores,
Así perecereis, si agradecida
No os dá la voz del genio eterna vida.

Al que embriaga el placer, festivo coro,
Compasiva descienda tu mirada:
Cuando arroja cansada
La mística juventud su copa de oro,
Dime, ¿qué queda de ella?
Ni un nombre, ni un recuerdo; ni una huella.
Silencio eterno sucedió al sonoro
Cantar de sus amores placenteros;
La losa funeral su olvido sella.
Mas tu ceniza fría
Desparcerán los siglos venideros,
Y tú vivirás siempre ¡Elvira mía!

TEODORO LLORENTE

ALBERONI.

BOCETO HISTÓRICO.

A mi querido amigo el aventajado
escritor Don Francisco Escudero y
Perosso.

El Autor.

Nació Julio Alberoni en Fiorenzuola, pueblo del ducado de Parma, el año de 1664, y fueron sus padres unos pobres campesinos. No sintiéndose con inclinacion para seguir el oficio de su familia, entró de sacristan en una iglesia de la inmediata ciudad de Plasencia, donde, cautivado por su viveza, lo tomó bajo su proteccion uno de los clérigos que la servian. Enseñóle á leer y escribir, y en seguida lo internó en un colegio de frailes de San Pablo, donde hizo rápidos y grandes progresos en poco tiempo; pero, sin duda, hubo de faltarle el apoyo del buen eclesiástico, y abandonó las clases, para emplearse en algun oficio adecuado á su carácter. P orel momento tuvo que conformarse con la plaza de mayordomo del arzobispo de Plasencia; mas Alberoni, que habia ya comenzado á sentir el aguijon de las ambiciones, y mal avenido con su cargo, resolvió tomar las órdenes sagradas, y pasó á Roma, en compañía del conde de Barni. Trabajó allí relaciones con Roncovieri, agente del duque de Parma cerca del mariscal francés Vendome; y como aquel no conocia la lengua francesa, tomó consigo á Alberoni que la hablaba fácilmente para que le sirviese de intérprete y secretario. Con este empleo puede muy bien decirse que principió su fortuna, á causa del grande afecto que le cobró Vendome, quien no podia pasar sin el trato y la conversacion de su querido abate, como lo llamaba. Ni tampoco podia ser de otra manera, porque, Alberoni, á una instruccion y conocimientos nada comunes, unia un carácter suave, afable y cariñoso, y un ingenio muy agudo. « De pequeña estatura, y mas gueso que delgado, si bien su rostro no era bello, se descubria en sus ojos, á la primera mirada, toda la grandeza elevacion de su alma; y esto, unido á la insinuante

inflexion que sabía imprimir á su voz, hacían de él un hombre de trato agradable y seductor. No dejaba por eso de tener sus defectos, pues su sordida caducía era solo comparable á su disimulo, y este á sus instintos vengativos. Su ambición, como su talento, eran inmensos, y su idea dominante el encumbrarse á los puestos mas elevados, sin escrupulizar mucho en los medios: así fué como, poniendo unas veces en juego la astucia, otras la adulacion, las mas el disimulo, convirtió los hombres mas importantes y las cosas mas sagradas en instrumentos de su ambicion. Pero la que él tenia era grande y noble, y muy superior á la de otros hombres, y sus resultados no pudieron ser mas felices para España, porque él la reanimó y reñeró, como dice un autor de nuestros dias, levantándola á un grado de grandeza y esplendor, en que nunca se habia visto desde los mejores tiempos de Felipe II. Nosotros, al bosquejar rápidamente su retrato, nos hallamos tan lejos del odio de sus detractores, como de la adulacion de sus panejiristas: así que, la pasion no nos impide ni admirar sus grandes cualidades, y los altos servicios que prestó á la nacion, ni distinguir sus defectos, pudiendo, de consiguiente, sin que se nos tache de parciales, decir que, como el sol, bien puede Alberoni tener sus manchas sin que por eso pierda nada su brillo y su grandeza.

A poco de hallarse al servicio de Roncovieri, quedó haciendo sus veces, y además gratificado por su gobierno con una lucrativa canonjia; luego acompañó á Vendome á Francia, á Flandes, á España, y fué su confidente hasta su muerte, no sin conseguir antes que le presentase á Luis XIV y le obtuviese una pension, y que lo pusiese en relaciones en Madrid, con los principales personajes de la corte, alcanzándole otra pension. De esta suerte, al perder Alberoni á su protector, ya estaba rico, era muy conocido, y reputado, además, de gran político. Eaton, ces el duque de Parma lo nombró representante suyo en España; y, en este cargo, en el cual un hombre de otro orden solo hubiera hecho un papel secundario al lado de los embajadores de las grandes potencias, él brilló de tal manera, influyó tanto en la marcha política de la nacion, y se hizo tan temible á toda Europa, que tuvo esta que coligarse para derrocarlo de los consejos de Felipe V.

No hacia mucho que desempeñaba su cargo de ministro de Parma, cuando un acontecimiento inesperado cubrió de luto á la nacion: la reina doña María Luisa, el ángel tutelar de la monarquía, la compañera leal y cariñosa del soberano, sucumbió á una lenta enfermedad. Este triste suceso puso á Alberoni en ocasion de alcanzar el objeto de sus afanes.

Felipe V que, como dice un escritor francés, á la castidad de San Luis unia el temperamento de Enrique IV, no podia permanecer viudo por mucho tiempo, con tanto mas motivo cuanto que escasamente contaba treinta y un años. Alberoni pensó, entonces, en la princesa heredera de Parma, Isabel Farnesio; pero ¿cómo conseguir que prevaleciese esta, cuando Luis XIV recomendaba eficazmente á su nieto una de Baviera, otra de Portugal, y una hija del príncipe de Condé? El no haber incluído el monarca francés en esta lista á Isabel Farnesio, cuando se hallaba en edad y posicion de aspirar á compartir el trono español, ¿no era una prueba evidente de que aquel enlace lo consideraba, tal vez, como contrario á sus miras? ¿No era, pues, una temeridad el oponerse á Luis XIV, cuando todavía la influencia francesa era tan grande en España? Alberoni lo conocia;

pero detras de aquel matrimonio veia él un porvenir inmenso, y por consiguiente la realizacion de todos sus proyectos; veia destruida en la península aquella influencia francesa que abortecia, á la Italia libre de los austriacos, á los hijos de Felipe y de Isabel ocupando los tronos de aquella parte de Europa, á la España grande, floreciente, poderosa, haciéndose temer de los ingleses con sus escuadras, de las potencias continentales con sus ejércitos, y luego su valimiento, su influencia decisiva, su intervencion en todos los negocios del estado; y recompensando estos planes gigantescos el capelo y la púrpura cardenalicia; hermoso porvenir que fortalecia su esperanza, halagaba su orgullo y conmovia su ánimo como una tentacion. Se sentia con fuerzas para ser, ya que no un Cisneros, un Richelieu y un Mazzarino á un mismo tiempo, y todo dependia de aquel matrimonio. ¿Cómo abandonar, pues, su proyecto? A conseguirlo se encaminaban todos sus afanes. Necesitaba para esto engañar á una mujer de gran talento, que, además de la influencia que ejercia en el ánimo del rey, reunia condiciones que no son comunes en el bello sexo, es decir, tacto diplomático, dotes de gobierno, recursos infinitos, gran penetracion, y mucha experiencia de los hombres y de las cosas; y despues de engañar á la princesa de Orsini, arrancar, por sorpresa, á Luis XIV su consentimiento.

La princesa habia sido camarera mayor de la difunta reina desde que María Luisa de Saboya llegó de Italia, y habia ejercido sobre ella, y, de consiguiente, sobre los negocios, una gran influencia, de que, por otra parte, ni los reyes ni la nacion podian quejarse. Habituada la de Orsini á que su voz fuese oida, y su prianza mucha, anhelaba, naturalmente, que la princesa escogida para suceder en el tálamo real á María Luisa, escuchase sus consejos, se dejase conducir por ella, y que, en fin, la confirmase en su ministerio sin cartera. Esto no era un misterio para Alberoni, y así, determinó tenderle el lazo por esa parte; pero con tanta destreza que, con ser la de Orsini extremadamente sagaz, con sus propias manos apretó los nudos.

(Se continuará.)

MARIANO JURÉIAS BENDEN.

REVISTA DE TEATROS.

Fecunda ha sido la semana trascurrida desde nuestra última revista, y por Dios que nos congratulamos de poderlo manifestar así á nuestros lectores.

La presentacion de la célebre madrileña Adelina Patti en el teatro de Oriente ha sido un verdadero acontecimiento y una verdadera ovacion para la artista. La circunstancia de ser semana *El Madrileño* hace que ya sean conocidas del público las prendas de la simpática *diva*; pero no quaremos desaprovechar esta ocasion de consagrarle el justo tributo de admiracion que nos inspira. Adelina Patti canta de un modo particular y con una afinacion indescriptibles. Su voz parece unas veces la cuerda de un violín que vibra á impulsos de un arco maestro, otras las modulaciones de un requinto sumamente afinado; tal, que se duda si es voz ó instrumento el que canta.

Cuando ejecuta, lo hace con tal perfeccion que sus escalas cromáticas, sus fermatas ó mordientes, son solo comparables á los trinos del ruiseñor canoro que saluda la mañana. En suma, ni buenos oídos, ni esperamos oír cosa semejante. Como actriz nos parece infinitamente inferior á

como cantante; creemos que el tiempo, la edad y la escena se encargarán de remediar esto.

No queremos terminar estas líneas sin hacer mención del tenor Naudin, y del barítono Sr. Agnesi. Ambos contribuyeron á la mejor ejecución de la *Sonnambula*, particularmente el primero, que cantó su parte con un gusto y un corazón inusitados.

La ejecución de *Lucia*, no ha sido tan igual y tan afortunada. Solo la Patú y Naudin llenaron el cuadro. ¿Por qué no habrá cantado esta ópera el Sr. Agnesi?... El empresario lo sabrá.

Jovellanos por fin ha dado á luz la segunda parte del *Grumete*. Esta obra, como la primera hace honor á sus autores. La música, aunque no tan espontánea es digna, compañera de la del *Grumete*, mereciendo particular mención la bellísima introducción y el duo de barítono y tiple. También es de mucho efecto la entrada del corsario y el concertante final. En cuanto al libro está escrito con el donaire, sencillez y elegancia que caracterizan al Sr. García Gutiérrez. Los tipos de los personajes, son la continuación, mejor dicho, los mismos que los del *Grumete*; no habiendo variación en ellos; tal ha sido la maestría con que el poeta ha enlazado su segunda parte á la primera, á pesar de mediar entre una y otra mas de cinco años.

El Príncipe, puso en escena *El mundo por dentro*, del Sr. Rico y Amat, y aunque la obra se ha sostenido por espacio de ocho días haciendo reír al público, literariamente hablando, reúne pocas ó ningunas condiciones para ser aceptable.

La acción carece de unidad, los tipos son enteramente heterogéneos. El desenlace frío y el conjunto poco sostenido, y decayendo visiblemente del primero al último acto. El diálogo es bueno y sostenido. Mariano Fernandez y Catalina (D. Juan) son los que mejor han comprendido sus papeles. El autor de esta obra tiene dotes y puede hacer mas si quiere... ¿Por qué no lo hace?...

Después nos ha dado el Sr. D. Manuel, un melodrama traducido del francés con el título de *Secretos de la vida*. Ha pasado, gracias á la fantasía que produce la aparición de los espectros, efecto de la aplicación de la luz eléctrica, á una combinación de espejos.

Su importancia literaria es escasa, sus situaciones forzadas y los actores hacen lo posible por darle una vida que no tiene. Sin embargo, los fantasmáticas darán dinero á la empresa.

En el Circo se estrenó con éxito bien poco feliz, la comedia del Sr. Rosales, titulada: *El arte de hacer feliz*, á pesar de sus puntas de filosófica, descendió al foso á la segunda representación.

En Novedades, ya que no sea otra cosa, se nota actividad y buen deseo. Hay preparadas dos comedias de magia, y otras varias obras con que se piensa agradar al público. El lunes se puso en escena la *Torre de Londres*, drama arreglado por el joven actor Sr. Chas de la Motte; en el que fué muy aplaudido como actor y arreglador.

En cuanto al Sr. Romea sigue lo mismo, llamando la atención con su repertorio, pero sin hacer nada nuevo. ¿No hay poetas que escriban para el coliseo de la calle de la Magdalena, ó la empresa es la que no quiere obras?

Este es otro de lo muchos misterios de bastidores.

M. MONTES.

MADRE MIA!!!

SONETO.

¡No existes ya! ¡no existes madre mia!
¡me dejas y te vas sin poder verte!
¿no te mueven las lágrimas que vierte
un hijo desgraciado en su agonía?

¡Mueres, y aun vivo yo! ¿quién me diría
cuando en busca corrí de mejor suerte,
que la invisible mano de la muerte
la luz de tu existencia apagaría?

¿Dónde están de tu vida los despojos?
verlos quiero ¡ay de mí! morir con ellos
derramando torrentes de mis ojos.

Quiero un beso imprimir en tus cabellos,
bendecir tu virtud, darte un abrazo,
y descansar por siempre en tu regazo.

MELQUIADES NAVILLARD.

A MI AMADA E. P.

¿Visteis, Encarnación, abrir las flores
Sus hermosas corolas al rocío
Cuando en la sed del abrasado estío
Palidecen sus vívidos colores?
¿Y las veis desplegar nuevos fulgores
Nacer sus talles con gracioso brio,
Si por sus plantas cristalino río,
Recorre disipando sus ardores?
Así mi corazón alegre un día
Amaba á una mujer cuya hermosura
La virgen de Murillo envidiaría.
Esa mujer sois vos, celeste y pura,
Que á la flor de mi amor dá la alegría
Conservando cual nunca su frescura.

J. ORTEGA Y R.

El sorteo de los treinta regalos pertenecientes al mes actual, tendrá lugar el 30 del mismo.

Se advierte que el número del medio billete para Navidad es el 14.520, para los que han tomado parte en los recibos de los nueve regalos y para los que han renovado la suscripción por el año próximo de 1864, con arreglo al último prospecto publicado.

Los que hayan de aprovecharse de las ventajas del indicado prospecto habrán de remitir el importe para ocho días antes del sorteo de Navidad que es cuando daremos nota de los que son partícipes en los billetes anunciados.

Editor responsable: D. José Sanchez.

MADRID, 1863.—Imprenta de J. M. y Rodríguez, Caballero de Gracia, 15, bajo.